

LA "INSUFICIENCIA" DE LO SUFICIENTE: SOBRE CEGUERAS, REBELDÍAS, RESISTENCIAS Y BÚSQUEDAS

A diferencia del Griego, el Arameo no establece líneas rígidas de significado entre fijos y sufijos o entre una cualidad interna y una acción externa. Ambas están siempre presentes. Cuando Jesús se refirió a “el reino de los “cielos”, este reino está siempre DENTRO y ALREDEDOR de nosotros. Así mismo, “prójimo” está tanto adentro como afuera del uno (de uno mismo). A diferencia del Griego, el Arameo presenta una vista fluida y holística del cosmos. Los límites arbitrarios encontrados en Griego, entre las palabras “mente”, “cuerpo” y “espíritu”, desaparecen en Arameo.

(Neil Douglas Klotz, *Oraciones del Cosmos*)

El redondeo se encuentra en el centro mismo del operar con símbolos y palabras. El redondeo comprime la información. Simplifica las cosas y reduce muchos a pocos y lo complejo a lo manejable. Redondeamos para ir tirando y poder vérnoslas rápidamente con las ideas y los fragmentos de nuestro cambiante mundo... Pero las acciones tienen un costo. La bivalencia o redondeo de la fidelidad a cambio de la sencillez. Cuando redondeáis, pagáis en verdad, fidelidad y sinceridad lo que ganáis en sencillez, precisión y conformidad... Si redondeas demasiado, pagas la multa de la autocontradicción bivalente y te das de bruces con la paradoja. La lógica bivalente, entonces, termina, y empieza la lógica borrosa y el vaso de agua está a la vez vacío y lleno.

(Bart Kosko)

Somos anfibios. Vivimos simultáneamente en seis o siete universos: el psicológico, el espiritual el mundo de los símbolos y el de la experiencia inmediata, el mundo social, el del individuo aislado. Haría falta la llave de todos estos mundos e intentar el reconciliarlos. La vida humana es una paradoja extrema, pues en la práctica estos mundos diversos son incompatibles. Salvo con el arte de vivir, que consiste en pasar inmediata y fácilmente de un universo a otro.

(Aldous Huxley)

Una metáfora inicial

Se cuenta - con distintas versiones – que un día un filósofo llegó a una obra en la que trabajaban muchos operarios. Y el hombre sabio le preguntó al primer albañil que encontró: “¿Qué está Ud haciendo aquí?”. Y el albañil le respondió: “Coloco un ladrillo encima de otro ladrillo”. Y el filósofo caminó veinte metros más allá y encontró a un segundo albañil al cual le preguntó también: “¿Qué está Ud. haciendo?”. Y éste le contestó: “Estoy

haciendo una pared”. El filósofo caminó más allá y al encontrar a un tercer operario, le reiteró la misma pregunta: “Qué hace Ud. aquí?”. Y el tercer albañil le respondió: “Estoy construyendo una catedral para dar gloria a Dios.”

Esta muy bella historia que escuché por primera vez a mi amigo José Carpio, me permitirá esbozar lo que pretendo analizar con este trabajo.

Es posible plantear como hipótesis que parte importante de la entropía (sordera, negaciones y desencuentros) que caracteriza actualmente gran parte de nuestras conversaciones culturales (me refiero aquí al debate político e ideológico en torno al devenir de nuestras sociedades), tiene relación con el sentido posible de extraer de la historia que antecede. Lo que nos diferencia y a la vez nos separa, tiene que ver con la perspectiva en la cual estamos situados. Algunos están más arriba de la colina, otros están más abajo y eso provee a cada cual de una visión distinta del mundo circundante. Son nuestras matrices epistémicas¹ las que condicionan nuestra forma de percibir e interpretar la realidad en la cual vivimos. Esto nos introduce en el tema tan actual de la interculturalidad, pero además en viejos temas de la ciencia social: los prejuicios, la intolerancia, el autoritarismo, que han sido visto por algunos como la gran amenaza para las sociedades abiertas.²

Es importante señalar aquí la aguda observación de Ken Wilber³ respecto a la incapacidad, en las ciencias de la conciencia y sus diversas escuelas teóricas, que tiene cada una de ellas para reconocer la existencia de un universo de sentido más profundo que aquel que aquellas estudian. Es posible que esta tendencia evidenciada al interior de una disciplina determinada sea algo que caracterice también a otros productos de la cultura humana. (Es posible reconocer síntomas similares a los descritos por Wilber en el ámbito de la medicina y de las ciencias de la salud⁴, en muchos otros espacios de nuestra existencia cotidiana).

Introducción

Hoy estamos viviendo una profunda crisis de civilización. No hay que tomar esta afirmación como algo tremendista o catastrófico, sino como la simple constatación de un acaecer. Todas las civilizaciones tienen al igual que todo ser vivo, una historia o período vital: nacen, crecen, se expanden, decaen y finalmente colapsan.

¹ Concepto debido a Miguel Martínez Miguélez, que busca dar cuenta del “coeficiente existencial” propio de cada ser humano, y que es la combinatoria de diversos elementos: su historia, su inserción familiar y social, su cultura, sus creencias, incluso su propia fisiología. Todos ellos proveyendo a cada cual de un prisma singular y único desde el cual interpreta la realidad.

² Hago referencia aquí a la reflexión desarrollada en las Ciencias Sociales a partir del análisis de las experiencias totalitarias vividas el siglo pasado: Karl Manheim, Karl Popper, Erich Fromm, George Orwell, entre otros.

³ Ken Wilber (1992) señala lo siguiente: “En términos generales, veremos que una terapia, del nivel que sea, reconoce y acepta la existencia potencial de todos los niveles que están por encima del suyo propio, pero niega la existencia de todos los que están por debajo”. En **“Guerra de paradigmas” (Diálogo editado a partir de varias entrevistas realizadas entre los años 1989 y 1991) en Uno Mismo, N° 35 , Noviembre de 1992, Santiago, pág. 38.**

⁴ Hay un excelente trabajo respecto a este tema de un par de psicólogos norteamericanos, Gary E. Schwartz y Linda G. Russek, “El desafío de una medicina: Teorías de la Salud y ocho “Hipótesis del Mundo”. Fue publicado en el número 5 de la revista Polis y se encuentra disponible en la web en el siguiente link: <http://www.revistapolis.cl/5/gar.htm>

Esta civilización en la que nos ha tocado vivir, es la civilización de los Estados Nacionales, de la Gran Industria, de la Ciencia y la Tecnología (con territorios reservados para cada una de sus disciplinas componentes), pero por sobre todo es la civilización del consumo masivo. Es la civilización que por primera vez en la historia ha modificado sustantivamente la relación de los seres humanos, de la gran mayoría (y no pequeñas minorías como en el pasado) con las cosas, con los artefactos, con los bienes materiales. Es una civilización que ha proporcionado niveles enormes de abundancia material. Sin embargo, estamos probablemente viviendo los síntomas del término de esta civilización. En primer lugar porque cada día se hacen más evidentes los límites biofísicos que la naturaleza pone a la expansión de esta forma civilizatoria. Además los elementos articuladores de ella han ido perdiendo su capacidad movilizadora y sus bases de sustentación se han ido progresivamente precarizando.

Un buen ejemplo de ello es lo referente a la problemática del desarrollo. Este es uno y tal vez el último de los grandes mitos que se han movilitado en esta civilización. Es en nombre de este mito que se ha transformado a la mayor parte de la humanidad a la doble condición de asalariado y consumidor. Sin embargo estamos llegando a un agotamiento del tema: lo efectivamente logrado en términos de mejoramiento de la calidad de vida es absolutamente insuficiente pese al enorme crecimiento económico obtenido. Pero además se ha ido constatando que las grandes promesas de solución de problemas endémicos de la humanidad, asociadas al surgimiento del discurso del desarrollo no sólo no se han cumplido sino que incluso dichos problemas se han agravado ; entre ellos:

1. Hay más pobres y en condición más extrema hoy en el mundo que en otras épocas de la historia humana (incremento de la pobreza en magnitud y en profundidad);
2. Hay un aumento enorme en los niveles de separación entre riqueza y pobreza, no sólo en términos de bienes accesibles sino que en todas las dimensiones de la existencia. Juan Pablo II llegó incluso a afirmar que: "el género humano parece haberse escindido";
3. La calidad de vida concreta parece haber llegado a un punto umbral en que comienza a deteriorarse: incremento de la obesidad, adicciones, riesgos de accidentes, nuevas patologías (SIDA, anorexia, bulimia, pánico, iatrogenia, etc.) y "viejas" patologías renovadas (tuberculosis y otras enfermedades contagiosas), depresiones y enfermedades mentales, soledad y aislamiento;
4. Muchas de las instituciones propias de la modernidad parecen haber tocado techo y algunas de ellas comienzan a colapsar: sistemas educativos (escuela), sistemas de salud (hospitales), sistemas de seguridad social, sistemas de justicia, sistemas de transporte público, etc.;
5. Hay un aumento sustantivo de la inseguridad, no sólo en las sociedades viviendo conflictos bélicos, sino que incluso en las sociedades que viven en paz y democracia: la inseguridad ha llegado a transformarse en una condición normal en la actual vida ciudadana;
6. Los desequilibrios ambientales y la velocidad de destrucción de la naturaleza es mayor que nunca antes en la historia y ya se hacen evidentes para todos las transformaciones climáticas;
7. La creciente pérdida de diversidad cultural: empobrecimiento étnico, lingüístico, cultural, valórico, etc., en un contexto de creciente interculturalidad;
8. El manifiesto conflicto nuevo y antiguo a la vez, entre los géneros o los sexos de la especie humana y los problemas derivados del crecimiento demográfico global y del gigantismo urbano;
9. La expansión del materialismo, el empobrecimiento espiritual (hedonismo, consumismo, etc.), el individualismo, el debilitamiento de la vida humana interior y del valor de la experiencia humana.

Frente a lo antes reseñado, amplios sectores de la población desde muy distintos puntos y lugares del planeta han a su vez deplegado experiencias de vida de muy diversa índole buscando confrontar con variadas estrategias de resistencia las tendencias autodestructivas de los procesos civilizatorios del mundo actual. Si se busca un momento en el cual situar, desde una cierta obsesión analítica, el origen de este tipo de procesos, es posible que tengamos que retroceder a la década de los setenta en que desde la Fundación Dag Hammarskjöld se comenzó a hablar del "otro desarrollo". Como todo concepto nuevo, su significado se ha ido ampliando y modificando a medida que se extiende su uso, lo cual extraña el riesgo de que deje de referirse con precisión a un segmento específico de lo realmente existente.

De allí que solamente a título enunciativo y sin ninguna pretensión exhaustiva, creo conveniente hacer un balance de los contenidos que he logrado identificar en el uso que hacemos del concepto. Lo primero que se debe destacar son las ideas contenidas en la noción primitiva, es decir la del "otro desarrollo"⁵. Allí se asoció el concepto con: 1) un esfuerzo orientado hacia la satisfacción de las necesidades humanas tanto materiales como inmateriales; 2) endógeno, esto es surgido desde el corazón de cada sociedad, la cual define soberanamente sus valores y su visión de futuro; 3) autosuficiente en el sentido de que yace primariamente en sus propias fuerzas y recursos en términos de las energías de sus integrantes y su ambiente natural y cultural; 4) ecológicamente armonioso, en el uso de los recursos de la biósfera y conciente de los límites del potencial de ecosistemas locales así como de los límites globales externos impuestos sobre las generaciones presentes y futuras; 5) basado en transformaciones de las estructuras políticas, económicas y sociales requeridas para posibilitar la participación por parte de los involucrados en las decisiones que los afectan, tanto desde el nivel de las comunidades urbanas o rurales hasta el mundo en su conjunto. Cuestión imprescindible para que cualquier política sea exitosa.

Posteriormente la reflexión y debate a que dicha propuesta dio lugar, hizo posible la incorporación de muchas otras ideas fuerzas. Entre las cuales sólo a título enunciativo se pueden mencionar algunas, tales como: 1) una nueva mirada de la realidad que permite abordar de otro modo los temas clásicos de la política, la cultura y la economía; 2) la generación de relaciones de información y de comunicación no jerarquizadas, horizontales y simétricas, como son las relaciones propias de una red; 3) la consideración de aquellos temas que estaban ausentes de la reflexión y del debate dominantes - es decir, temas como lo femenino, la corporalidad, lo cotidiano, la expresión de las emociones, la consideración de la naturaleza, el sentido común, el saber popular y otras formas de saber no científico -; 4) lo que está fuera de la moda, lo excéntrico, lo que se desvía de la norma, lo creativo; 5) engarzado con lo anterior, el elogio y defensa de la diversidad biológica y cultural; 6) la búsqueda de una mayor correspondencia entre los discursos y las prácticas sociales, es decir entre lo que se dice y lo que se hace, entre lo público y lo privado, entre el pensar y el sentir; 7) la orientación preferente hacia aquello que más importa a la gente antes que hacia lo medible o verificable empíricamente; 8) la convicción acerca de la relatividad y variedad que caracterizan lo humano, de donde deriva la importancia que se concede a la memoria, la historia, la identidad y la capacidad crítica; 9) la creencia de que los seres humanos requerimos utopías, esperanzas

⁵ Esta propuesta fue presentada en *What Now. The 1975 Dag Hammarskjöld Report*. Development Dialogue, N° 1/2, Uppsala, 1975. Publicada en castellano como "Qué hacer".

y sueños para sentirnos vivos; y 10) la necesidad de que la gente recupere el control de sus propias vidas.

Todo esto se traduce, en los muchos planos de la realidad, en diversos caminos experimentados por muchísimas personas, tanto en forma individual como colectiva, a lo largo y ancho del planeta persiguiendo:

- a) en la mente, despertar la sabiduría;
- b) en las emociones, despertar el amor, la compasión, la alegría y la ecuanimidad;
- c) en el cuerpo, despertar la salud;
- d) en la cultura, desarrollar conceptos no dualistas, integrar la belleza, la verdad y la economía entendida como simplicidad;
- e) en la ciencia, desarrollar lo interdisciplinario y lo transdisciplinario;
- f) en la sociedad, desarrollar la cooperación;
- g) en la economía, introducir la idea de equidad esencial y procurar un confort básico para todos; y
- h) en relación con la naturaleza, introducir el respeto por la vida como matriz fundamental.

Desde estas mismas problemáticas y crisis están surgiendo distintas búsquedas: gérmenes de una nueva civilización, a saber:

1. desarrollando nuevas formas de economía más democrática, solidaria, ecológica e incluyente y buscando enfrentar el problema económico con una lógica distinta de la mercantil propia del capitalismo;
2. creciendo en la solidaridad: diversas formas de voluntariado y de ejercicio de la filantropía, un tercer sector; sin olvidar que el trigo y la cizaña crecen juntos;
3. recuperando y desarrollando las diversas identidades locales, étnicas, religiosas, lingüísticas, etc.;
4. organizando poderosos movimientos de liberación de la dominación de género y de recuperación de la feminidad para el conjunto de los seres humanos;
5. redescubriendo el valor de la naturaleza y de las distintas formas de vida mediante el accionar de los movimientos ecologistas;
6. expandiendo la sociedad civil mediante el desarrollo de organizaciones autónomas del poder del mercado y del estado; creando redes de todo tipo y nuevas formas de comunicación e información entre las personas;
7. reiniciando búsquedas espirituales, de valores, de desarrollo personal, de religiosidad, de búsqueda de trascendencia y del sentido de la vida.

Las energías transformadoras que vemos hoy en el mundo son mucho más abundantes y variadas que lo que lo eran hace algunas décadas atrás, incluso en una época de plena euforia revolucionaria.

Un intento de explicación: nuestro error epistemológico fundamental

Tengo la impresión que el principal error epistemológico de nuestra cultura, que termina transformándose en una especie espinilla o dolor de muela, es nuestra equivocada pretensión de sentirnos o creernos el centro del universo. No hemos logrado a pesar de los siglos transcurridos desde que la ciencia moderna echó abajo las creencias geocéntricas dominantes hasta su surgimiento, trascender hacia una concepción descentrada del universo, de la realidad. Seguimos inmersos en mapas de la realidad centralizados, donde

todo consiste a lo más en poner cabeza abajo lo que antes estaba cabeza arriba. Una buena metáfora son esos planisferios o mapas donde el sur está arriba (¡como debiera ser!: pensaremos desde nuestra condición mestiza y subyugada de latinoamericanos y más aún de chilenos habitantes de *finis terrae*).

Transitar hacia el territorio de la incertidumbre, ligeros de equipaje, sin prejuicios ni esquemas preconcebidos es lo que hasta ahora no hemos re-aprendido a hacer. Digo deliberadamente re-aprender porque al parecer hay experiencias humanas que o hemos borrado sistemáticamente gracias a la domesticación cultural (redundancia esta última que quiero remarcar). Etimológicamente domesticar viene del latín de *domus*: casa, o de *dominus*: señor, amo de la casa; al igual que dominio, dominación. Cultura a su vez viene también del latín de *colere*: cultivar. Nuestro lenguaje y las metáforas que le dieron origen son la más clara expresión de este fenómeno al cual quiero referirme. La explicación de todos los fenómenos a partir de un centro o eje ordenador. No es casi imposible pensar la realidad de una manera distinta. De allí que despojarnos de certezas, empobrecernos de ellas, abandonar las seguridades, es nuestro principal desafío. Es tal nuestro apego que nos cuesta dejar atrás, comenzar de nuevo, incluso abandonar o dejar de lado aquello que sabemos que es ilusorio, falaz o equivocado. Preferimos en muchos casos un error seguro antes que una verdad incierta.

No nos es para nada fácil el hacernos cargo de un cambio así. Nuestra tendencia natural nos lleva a dejar siempre puentes o caminos de retorno. De allí que sólo percibamos realmente lo que esto significa cuando hayamos quemado las naves. Cuando hayamos dado el salto al vacío. De allí lo que podríamos denominar el síndrome de la conversión de Saulo. El nuevo mundo puede emerger sólo cuando se ha roto la ligazón con el viejo mundo. Es posible percibir la magnitud del aporte de novedad del descubrimiento solamente cuando se ha producido la ruptura con los universos de significado previamente existentes.

Lo opuesto a lo antes señalado, se contiene en la afirmación del Príncipe de Lampedusa en su famosa novela *El Gatopardo*: “Que todo cambie para que todo quede igual”. Max Weber lo formalizó como un principio sociológico en lo que denominó como “la rutinización del carisma”. Todos aquellos que sustentan ideas o propuestas innovadoras son rupturistas, radicales o revolucionarios mientras no han accedido al control o al poder, cuando así ocurre lentamente comienzan a transformarse en conservadores, en integristas, en reaccionarios. Muerto el padre hay que reemplazarlo. Los seres humanos retornamos y retornamos a tropezarnos con la misma piedra. Aparentemente no hay en la experiencia humana posibilidades para una revolución permanente. Los "revolucionarios permanentes" tienden a morir jóvenes. Tal vez para no darse la posibilidad de dejar de serlo: Espartaco, Ché Guevara, Roque Dalton. De allí entonces que el poema de Bertold Brecht sobre los imprescindibles no sea sino una utopía poética. Nuestra propia biología y su inevitable transcurrir nos empuja hacia la moderación, la templanza, la sensatez

¿Será ello producto de los afectos, de muchas de nuestras redes de afectos que terminan enmarañándonos, enredándonos. Todo ello como producto de la transitividad de los afectos? ¿O no será más bien debido a los lugares por donde transitan nuestras búsquedas? Trataré de explicar esto último. Hay quienes depositan su confianza o creen en el camino corto. Es el camino de las certezas, de lo visible, de los resultados a simple vista y a corto plazo. Uno persigue ver, incluso en el transcurso de la breve vida humana, las transformaciones producidas por sus propias acciones, ideas, conductas y creencias. Nuestro actual estilo civilizatorio pone el énfasis en esto, en los efectos inmediatos de aquello que he puesto en juego. Incluso acelerando *contra natura* los procesos. Es una cultura hecha a punta de mediciones, de indicadores, de encuestas, de rankings. Importa, más que todo, lo aparente. Es que estamos atrapados en la cultura de los tres mitos de los cuales nos habla García Roca. El mito de la normalidad, el mito de la presentabilidad y el mito de la cima.

Un primer mito es el de la normalidad que nos impone una determinada forma de ser humano. "Se ha impuesto ambientalmente la identificación de un determinado modelo de hombre, que nació histórica, geográfica y socialmente de la revolución industrial, con el hombre genérico y universal" (1990:5) Como lo señala García Roca con la colaboración de todos (la ciencia, las iglesias, la cultura, las instituciones sociales, las empresas) "se universalizó lo particular, se niveló la diferencia y se impuso un determinado examen de madurez que marcaba la línea divisoria entre la normalidad y la anormalidad, lo correcto y lo incorrecto, lo adaptado y lo inadaptado." (ibid.) De modo tal que todo lo que no entra en esta ortodoxia y no calce el criterio de medida y la talla ideal así definida, no pasa los exámenes de madurez humana y "queda identificado y definido como proceso de degeneración, minoría de edad, incapacidad o impotencia. No fueron capaces ayer ni hoy de aprobar este examen las minorías étnicas, los enfermos, las personas con deficiencias, los ancianos, los disidentes, las personas improproductivas, los inadaptados: los últimos que se han convertido en las plagas y azotes del siglo XX. Todos ellos ayer y hoy, certifican según la ideología dominante su inferioridad humana, su tara y su degradación. Tenemos el mito adecuado para la más despiadada marginación." (1990:6)

El mito anterior ha generado consigo un segundo mito: el de la presentabilidad. "En el sistema determinado por el predominio del parecer sobre el ser, no importa tanto lo que alguien es como que sea presentable. Desde esta instancia era suficiente garantizar que los mecanismos de destrucción física de dominación moral fueran presentables." (ibid.). Es así como parafraseando en los hechos el conocido aforismo: "miente, miente, que algo queda" se podría señalar respecto a la tragedia de los desaparecidos en nuestros países, que tanto las personas como las instituciones involucradas aplicaron como norma de actuación la conducta: "niega, niega que al final se olvida". Al final todo es apariencia. Ya no importa tanto el ser leal, honesto, veraz, generoso, fiel u honrado, como el parecerlo o aparentarlo. En un imaginario instalado en esta creencia ya no hay lugar para el esfuerzo anónimo y silencioso asociado al cumplimiento de deberes de estado (madre o padre, trabajador, ciudadano); si hago algo tengo que exhibirlo, pregonarlo, ostentarlo, publicarlo. Importa más el envase que el contenido, lo formal que lo sustantivo.

Finalmente un tercer mito es el de la cima, que "impone los criterios prácticos en el sistema de relaciones cotidianas. La experiencia humanamente significativa se ha deportivizado y todo lleva camino a convertirse en trofeo" (ibid.). De tal modo que tarareando "we are the champions" o "pero sigo siendo el rey" todos debemos encaminarnos en búsqueda de ser un triunfador, un ganador, alguien que cosecha victorias, que acumula premios, medallas y certificaciones de toda índole. La vida se ha llegado a concebir como una carrera, una competencia de todos contra todos, en la cual lo único que importa es ganar a como dé lugar; no importa que en ese ascenso a la cumbre uno no se preocupe de no pisarle los dedos a quien viene detrás o de pasarlo a llevar y despeñarlo. A lo más se colaborará con alguien siempre y cuando sea funcional al propósito propio de vencer.

Sin embargo, esos tres mitos son la parte visible del *iceberg*, puesto que ellos se anclan en un profundo error epistemológico, propio de nuestra cultura occidental. La realidad es siempre mucho más que lo aparente, que lo visible. Es además mucho más compleja. Nuestro error se llama reduccionismo. Sin embargo la paradoja en la cual nos encontramos atrapados, es que esa realidad es, a la vez, crecientemente construida por nuestras propias creencias y conductas. De modo que si reducimos la realidad, esto es, la simplificamos, estamos simplificando y reduciendo nuestro propio campo de operaciones. Estamos reduciéndonos a nosotros mismos. Estamos empequeñeciéndonos como seres humanos.

Si nuestra vocación como seres inteligentes y creativos, co-acompañantes del proceso de despliegue del universo es ampliar y ampliar los espacios en profundidad, en densidad, en textura y en extensión, no habría nada más a contrapelo de nuestra natural vocación - la cual podemos pensar como el ápice del proceso evolutivo, mientras no hayan evidencias en contrario-, que las tendencias homogeneizadoras, quizás propias de esta etapa de nuestro proceso evolutivo. En un universo en expansión, o al menos en un universo constante aunque infinito, pero donde en ambos casos la conciencia va asumiendo progresivamente su papel en este universo, la dimensión de todas las cosas tiene que ser calibrada o puesta en escala o medida, no por el cierre sino que por la apertura. Es la apertura a todo lo posible, esto es a lo imposible, a lo inédito, a lo inimaginable, lo que debe constituir el referente epistémico, estético y ético último de la condición humana.

Es allí donde a mi entender radica nuestra principal ceguera cognitiva. La confianza excesiva puesta en los instrumentos con los cuales operamos. Hay una cierta "disonancia" que se produce en nosotros, en muchas circunstancias habituales en nuestro existir cotidiano: la falta de palabras para expresar nuestras emociones más profundas e intensas; la falta de preguntas previas a aprendizajes súbitos e inesperados; la falta de emociones o reacciones frente a situaciones extremas; entre muchas otras; o la sorpresa de escuchar verbalizada por un niño pequeño como un comentario o una "reprimenda" que coincide exactamente con la evaluación que nos hace nuestro yo íntimo o interior (conciencia) por una actuación desafortunada o impropia. Sin embargo no prestamos atención a esta suerte de quiebre del paradigma en el cual estamos instalados. Hechos que contradicen lo

esperado. Casi siempre nos es más fácil olvidar o hacernos los lesos frente a esas experiencias “insólitas” o “inexplicables”. ¿Para qué complicarnos la vida, profundizando en algo que nos podría llevar quien sabe a dónde?

Una buena metáfora para expresar lo denominado antes como “disonancia” es la experiencia vivida cuando un computador se queda o se pone tonto. Digo lo anterior, porque usando la metáfora informática creo poder expresar más claramente lo que intuyo. Hay dos eventuales respuestas posibles. La primera, es la existencia de interferencias o entrecruzamientos de órdenes contradictorias. La segunda, es la ausencia de programas.

Partamos por la primera respuesta: las contradicciones van a ser tales siempre y cuando creamos en la existencia de ellas. Si yo no creo en la existencia de contradicciones metafísicas o absolutas; toda contradicción será sólo aparente y todo podrá resolverse o enfrentarse vía la secuenciación en el tiempo de las demandas que aparecen en forma simultánea. Todo termina entonces siendo un asunto de prioridades temporales, de negociaciones y/o de dilataciones, posibles de resolver mediante el discurso o diálogo racional, mediante la cultura. Si creo en contradicciones absolutas sólo será posible resolverlas mediante el triunfo, mi triunfo, ya que siempre la verdad estará de mi lado. De allí entonces la lucha radical de todos los Torquemada, Hitler, Stalin o Bush del pasado, presente o futuro contra todos los equivocados, perversos, aliados del mal, Satanes, etc. Es el integristo o fundamentalismo que está detrás de toda pretensión totalitaria.

Por el contrario, si se trata de ausencia de programas, eso significa que lo que se requiere es de aprendizajes o de programaciones. Hay en ello un desafío que se sitúa en el ámbito de la evolución, de la transformación hacia lo nuevo, hacia lo original, hacia lo inédito, hacia lo impensado, hacia el descubrimiento.

Creo que nuestra civilización ha dado primacía a la primera interpretación. Y ello por algo que mencioné al pasar, la confianza excesiva en los instrumentos con los cuales operamos. Nos hemos cerrado al cambio radical, al cambio absoluto. Estamos contentos de ser como somos. Total nos hemos manejado mucho tiempo así y si vemos lo que tenemos o hemos logrado hasta ahora el saldo, nos deja satisfechos. Nuestra civilización está gobernada por gente satisfecha. Veamos por ejemplo el valor que le damos a cuestiones como el pensamiento racional, los conceptos, las definiciones, las palabras, los cálculos, la abstracción, el mínimo común denominador, los promedios, y los símbolos en que se expresan estas cuestiones: el dinero, los precios, las evaluaciones, los títulos de dominio, los contratos. ¿Dónde está presente el valor de lo inefable? ¿el valor de lo prístino y virginal? ¿el valor de lo bello? ¿el valor de una emoción o sentimiento? ¿el valor de lo efímero? ¿el valor de los principios? ¿el valor de la palabra empeñada y del compromiso? ¿el valor de lo concreto y singular, de lo presente aquí y ahora? Hemos ramplona y estúpidamente confundido valor y precio porque nuestra tendencia cultural dominante y hegemónica es construida desde hace ya siglos desde el cálculo y no desde la profecía.

El profeta sueña y avizora mundo nuevos, incluso en su afán por compartirlos puede llegar a la herejía. El calculador los envejece mediante la acumulación, el poder y el dinero. ¿Hay otros caminos posibles? Creo que sí. No es el camino de los revolucionarios aunque sí el que nos han propuesto herejes tales como: Jesús, Francisco de Asís, Mahatma Gandhi, Martin Luther King.

Las manifestaciones de rebeldía frente a lo instituido

Durante la década de los sesenta el mundo experimentó una permanente eclosión de manifestaciones de inconformidad y rebeldía frente a lo instituido. No es posible establecer la prelación histórica de los sucesos, ya que existió una coetaneidad entre ellos y las expresiones públicas fueron posiblemente la manifestación de algo que circulaba, fluía y transcurría en la vida cotidiana, en las convicciones, en las creencias, en los sueños y esperanzas, en la indignación y rabia de los miles de personas involucradas en estos procesos.

Las consignas de lo que fue el movimiento de mayo del 68 en París, “la imaginación al poder”, “seamos realistas, pidamos lo imposible”, entre tantas otras de un talante similar, reflejaron un sentimiento profundo de rebeldía frente a lo instituido, de hastío con la aceptación sumisa de los procesos y las cosas “porque son como son”, de profundo malestar con una civilización que si bien provee de bienestar material produce a la vez un vaciamiento del alma y del espíritu humano.

Es necesario poner aquí de relieve la casi simultánea “Primavera de Praga” en 1968 que se vivió en el mundo dominado por el socialismo real, que fue reprimida con la invasión militar soviética, y que además de inspirar la magnífica novela de Milan Kundera *La insostenible levedad del ser*, permitió tomar conciencia de que no todo era color de rosas en el campo socialista.

No es posible dejar de recordar también la profunda conmoción que había significado para la Iglesia Católica el “aggiornamento” al cual la convocó Juan XXIII en el Concilio Vaticano II, iniciado en 1962 y terminado en 1965. Dando origen a ese masivo y generalizado en toda América Latina movimiento de desarrollo de una forma distinta de vivir la fe en lo que se acostumbró a llamar como “comunidades cristianas de base”.

El movimiento Hippie y la lucha por los derechos civiles en la sociedad norteamericana fueron una evidencia del desencanto y de las miserias en la sociedad más opulenta y poderosa del planeta, pero a la vez una de las más violentas. Las imágenes que quedan en la retina son las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, los asesinatos de Martin Luther King, de Malcolm X y de John y de Robert Kennedy, el recital de Woodstock, los paros estudiantiles en California.

El 2 de octubre de 1968 también en nuestra América Latina, vivimos la **masacre de Tlatelolco en Ciudad de México**, producida por la represión indiscriminada hacia los manifestantes, estudiantes y otras personas, por parte de los militares y de la policía mexicanos, dejando en claro el carácter profundamente autoritario del régimen político allí existente.

Los años posteriores a ese momento civilizatorio de rebelión frente a las instituciones, a las estructuras, a los poderes fácticos, culminaron en decursos absolutamente diferentes por un lado la caída del Muro de Berlín en 1989 que implicó el desplome de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de todo el bloque socialista soviético, por el otro la matanza de la Plaza de Tiananmen en el mismo año que implicó la consolidación de una forma híbrida que podríamos denominar como “totalitarismo socialista de mercado”. Este último desenlace expresa claramente lo que busco hacer evidente. La transformación cooptada.

Hasta hace muy pocos años atrás (mediados de los setenta) parte importante de las personas que mantenían una actitud crítica frente a la realidad social (la antes llamada izquierda, progresismo, movimientos de liberación, etc.) en nuestro país y nuestro subcontinente, asumían un radical rechazo a todo lo que tuviese olor a propuesta de cambio personal porque aparecía como una suerte de evasión o descompromiso, con las necesarias luchas revolucionarias que debían darse para transformar estructuralmente las sociedades actuales, en función de lograr mediante esos cambios estructurales avanzar en la construcción del “hombre nuevo”. En el mejor de los casos dichas propuestas eran vistas y aceptadas “tácticamente” como desviaciones pequeñoburguesas que el propio desarrollo de las dinámicas revolucionarias haría desaparecer.

El mecanismo explicativo de dichas concepciones o creencias era muy simple. La sociedad de clases nos aliena respecto a lo que son nuestros reales intereses de modo que haciendo desaparecer a los capitalistas e impidiéndoles ejercer sus formas de dominación mediante la instauración de una sociedad donde no exista la empresa capitalista (esto es propietarios de los medios de producción), sería posible el surgimiento de seres humanos no alienados. El brutal fracaso del socialismo real (al menos en su versión leninista y estalinista) produjo un desplome de todo el universo de creencias “seudo científicas” que poblaron el imaginario de las izquierdas a lo largo y a lo ancho del planeta.

Paralelamente se produjo también el derrumbe de las pretensiones de hegemonía política que tuvieron aquellas fuerzas que identificadas con esta concepción del cambio social, se habían autoconstituido como las vanguardias organizadas del movimiento obrero. Supuesto que la principal de las contradicciones propias de las sociedades modernas (urbanas e industrializadas), era aquella que se constituía en torno a la radical diferencia de intereses entre capital y trabajo. Ello no sólo por el fracaso del mayor experimento social en gran escala que había vivido la humanidad, como lo fue la experiencia soviética: la Unión de

Repúblicas Socialistas Soviéticas y las otras sociedades nacionales, articuladas territorialmente en su entorno detrás o delante de la “cortina de hierro”, cuya metáfora física fue el llamado “muro de Berlín”, sino que también por el “aburguesamiento” del movimiento obrero en los países desarrollados. El internacionalismo proletario y la solidaridad obrera se transformaron progresivamente en consignas vacías (En otro momento profundizaremos este tema)

Durante los años “calientes” de los bullentes procesos sociohistóricos que aceleraron sustantivamente los procesos de cambios e que incluso culminaron en muchos países de nuestro continente en dictaduras militares, se consideró “ideológicamente” retrasados a aquellos que ponían el énfasis en la paralela necesidad del cambio personal, del ahondar en el espacio y el paisaje interior, de los valores y creencias como elementos fundamentales para el accionar humano.

"Los nuevos movimientos sociales, opuestos a los valores e instituciones dominantes, parecen aquel terreno fértil que estas ideas procuran y necesitan. Habitar con alegría nuestro propio cuerpo, crear un ecosistema que asegure el protagonismo y la participación política fuera y contra de las estructuras de dominación...la afirmación libertaria de que no podemos aceptar las migajas de libertad que los sistemas sociales, de todas las latitudes, reservan o dispensan a sus “ciudadanos”. Autogestionar nuestra existencia en solidaridad con los “otros” tiene que ser, a la vez, base de la identidad personal y del hacer social." (Prieto, 1990)

Hoy las experiencias históricas vividas y el profundo cambio que está experimentando la cosmovisión dominante desde sus inicios en la ciencia occidental, han desplazado las concepciones estructuralistas, atomistas y reduccionistas hacia nuevas concepciones procesuales, integrativas y sistémicas. Ya no se piensa como antes, que hay que cambiar primero a la sociedad para que ello haga posible el cambio de las personas. Los más de setenta años de socialismo soviético demostraron que no existen los automatismos ni los determinismos sociales. El imperio soviético cayó como han caído todos los imperios a lo largo de la historia, porque se oligarquizaron, porque perdieron la conexión con la vida cotidiana, porque disociaron política y cotidiano.

Una muy buena descripción y excelente resumen del tránsito en nuestras creencias y búsquedas, experimentado por muchos de quienes frisamos canas (nosotros los “antiguos”), la encontramos en un texto muy autobiográfico sobre *La bendita levedad del ser* de Leopoldo Kohon⁶:

"Siempre sentí que debía haber maneras de estar en la vida que permitieran una mayor posibilidad de alegría, intensidad y afirmación del vivir. Nací en un mundo que no era rico en alegrías y en el que cada acto propio era vivido como lo que era necesario hacer para lograr el progreso personal o social. Un mundo donde el juego y las ganas no tenían casi lugar, donde el debe ser y la tarea ordenaban toda la existencia. Un mundo que, además, era injusto, compuesto por pobres y ricos, por explotadores y explotados.

⁶ Ver en: <http://www.pensarlavida.com.ar/temasvarios24.html>

Desde el principio sentí el desagrado profundo por ambas cosas: por la pesadez del mundo y por su injusticia; pero al comienzo sólo pude ver y detenerme en la segunda. El marco cultural de la época -fines de los años 50 y principios de los 60- la mostraba con una insistencia tal que acallaba toda la otra cuestión, que hoy entiendo como la principal: la cuestión del sentido.

Así fue como durante los primeros años pensé y viví con la convicción de que todo era un problema de organización social, de que una actitud política diferente debía conducirnos a una reorganización económica de la convivencia social. Pero mi propio vivir y la práctica política colectiva me fueron mostrando que una parte estructural del mundo que no me gustaba seguía vigente en las mismas propuestas que intentaban transformarlo. Algo hacía que también en esta "nueva" práctica política los actos se organizaran desde el deseo de poder y en pos de un mayor dominio de las cosas y de los otros. Sentí entonces que la política no daba cuenta de mi búsqueda, y hacia fines de la década de los 60 di un paso al costado.

Comencé a preocuparme por cuestiones más subjetivas, por lo que nos pasaba a nosotros en tanto personas, en especial a mí mismo, lo que me llevó a buscar aliados en el campo de la psicología. Pero luego de unos años intuí que de nuevo estaba en una encerrona: la psicología parecía preguntarse por el mejor funcionamiento humano sólo en el marco del sentido de la vida establecido y vigente. A mí me parecía, en cambio, que se trataba de traspasar ese sentido, que era necesario abrirlo y aflojarlo. De esta forma me fui acercando a un pensar más filosófico: comprendí que tenía que preguntarme de nuevo por cada situación, cada fragmento de lo real, para quitar carta de naturaleza a los mandatos y a las formas heredadas, a las versiones de la realidad que organizaron mi vida desde su origen.

Así fue como descubrí que, más que pensar, me pensaba, y que ese pensarme operaba en mí como posibilitador de lo nuevo y me otorgaba progresiva levedad, me permitía moverme de mis propias fijeza y predisposiciones culturales.

En este camino se fueron aflojando no sólo creencias y formas de ver el mundo y la vida, sino también características de mi carácter y de mi manera cotidiana de vivir. La serenidad conquistó espacios antes ocupados por la exigencia, me volví más tranquilo y menos irascible. La alegría de estar aquí comenzó a desplazar a la preocupación por las metas y los objetivos. Comencé a sentirme más potente para saber de mis ganas y para jugarlas y apostar por ellas. La levedad del ser era una frase que comenzaba a tener un sentido sensual en mi vida."

La radicalidad de la coherencia

Creo necesario preguntarse si es posible en un mundo como el presente, plantearse una ética de máximos⁷ en la cual la disposición al riesgo y eventual sacrificio de la propia vida en pos de ideales de liberación colectiva sea un elemento constitutivo central. O también

⁷ Noción acuñada por José Luis Aranguren para distinguir entre -una ética del ethos o la felicidad- y una ética de mínimos, si no una *magna moralia*, una ética mínima, pero que se resiste a renunciar a lo mejor que hemos aprendido tras siglos de historia: el valor de la autonomía humana y la necesidad de un consenso -entendido como concordia, no como estrategia- para la organización de la vida jurídica y política.

interrogarnos sobre el sentido que puede tener la capacidad de convocatoria de un llamado a compromisos existenciales profundos, a entregas absolutas a una causa, o a actitudes de resistencia riesgosa.

Mi oficina está colmada de íconos y se destacan allí dos frases fotocopiadas de un libro de graffiti colombianos y que expresan la profunda sabiduría de ese sufrido pueblo hermano: “el afecto tarde o temprano surte efecto”. La otra: “cada quien merece lo que sueña”. A mis espaldas una reproducción de un grabado de Guayasamín titulado “El nuevo Quijote” que éste hizo en homenaje al Ché Guevara. Frente a mí sobre mi computador una foto de dos jóvenes estudiantes con la bandera checoslovaca desplegada caminando por la calles de Praga en las manifestaciones del año 1968. Junto a ellos dibujos y fotos de algunos de mis nietos ya jóvenes, cuando pequeños.

Soy indudablemente “sincrético”. No compartí el ideario del Che Guevara, menos aún su estrategia de lucha armada, sin embargo comparto gran parte sino todas sus aspiraciones humanistas, socialistas, solidarias y libertarias. Pero sobretodo admiro su compromiso ético y su disposición a jugarse el pellejo por aquello en lo cual creía. Me identifico con su figura moral. Creo que para muchas personas en el mundo, aquellos que compran y usan una polera con su retrato, lo que expresan es esa identificación con un ser humano coherente hasta dar su vida.

Sin embargo, me pregunto porqué no ocurre lo mismo, me refiero a a ese sentimiento de identificación, con todos aquellos talibanes suicidas que en los años recientes a partir del atentado a las Torres Gemelas han proliferado por distintos lugares del mundo. ¿Es un problema de escala de los daños producidos? ¿Es un rechazo porque detrás hay una creencia y una conducta religiosa integrista o fundamentalista, aunque pueda ser equivocada? ¿Es por la satanización hecha desde los aparatos del poder y los medios masivos de comunicación? ¿No fue en su época también satanizado el Ché? ¿Será porque sus códigos culturales nos resultan poco familiares, incluso incomprensibles? ¿O no será porque resulta tan anónimo su actuar, poco taquillero, poca exposición mediática?

Intentando objetivar -si es que fuera posible- la reflexión o mirada, en ambos casos lo que encontramos es una propuesta salvífica, redentora: la solución definitiva. El Ché pretendió hacer la revolución en Bolivia por las masas campesinas e indígenas marginadas y excluidas. Tal como lo había hecho en Cuba junto a Fidel Castro, Ignacio Cienfuegos y otros revolucionarios cubanos. Su error, fue creer que su acción crearía las condiciones para que esas masas oprimidas y explotadas tomaran conciencia y se levantaran.

Los talibanes islámicos, también, (aunque nos perturbe decirlo e incluso pensarlo) persiguen con su sacrificio e inmolación producir un remezón en la conciencia de los explotados y explotadores -en la opinión pública-, de los países invasores que pretenden quitarles su fe, sus costumbres, su identidad, amén de sus recursos naturales. No olvido de

mis lecturas -aún joven (hace casi cincuenta años atrás)-, del libro de Franz Fanon⁸ *Los condenados de la tierra*, cuestiones como las siguientes:

"Debemos olvidar los sueños, abandonar nuestras viejas creencias y nuestras amistades de antes. No perdamos el tiempo en estériles letanías o en mimetismos nauseabundos. Dejemos a esa Europa que no deja de hablar del hombre al mismo tiempo que lo asesina dondequiera que lo encuentra, en todas las esquinas de sus propias calles, en todos los rincones del mundo... Hace siglos que Europa ha detenido el progreso de los demás hombres y los ha sometido a sus designios y a su gloria; hace siglos que, en nombre de una pretendida "aventura espiritual" ahoga a casi toda la humanidad. Véanla ahora oscilar entre la desintegración atómica y la desintegración espiritual...Hace dos siglos, una antigua colonia europea decidió imitar a Europa. Lo logró hasta tal punto que los Estados Unidos de América se han convertido en un monstruo donde las taras, las enfermedades y la inhumanidad de Europa han alcanzado terribles dimensiones...Se trata, para el Tercer Mundo, de reiniciar una historia del hombre que tome en cuenta al mismo tiempo las tesis, algunas veces prodigiosas, sostenidas por Europa, pero también los crímenes de Europa, el más odioso de los cuales habrá sido, en el seno del hombre, el descuartizamiento patológico de sus funciones y la desintegración de su unidad; dentro del marco de una colectividad la ruptura, la estratificación, las tensiones sangrientas alimentadas por las clases; en la inmensa escala de la humanidad, por último, los odios raciales, la esclavitud, la explotación y, sobre todo, el genocidio no sangriento que representa la exclusión de mil quinientos millones de hombres. (*Las tres cuartas partes del total en el momento en que esto se escribe*)."

De allí que me pregunte: ¿Por que un piloto kamikaze japonés nunca, desde nuestra mirada occidental, pudo ser considerado un héroe, aunque si el piloto de un bombardero americano, y mientras que éste último buscaba como fuere el sobrevivir, el otro sabía que iba a sacrificar su vida? Podremos matizar la afirmación anterior señalando que en un caso existía una obediencia ciega y en el otro no. Cuestión esta última absolutamente discutible vistas las atrocidades a las cuales también pueden llegar instituciones armadas propias de países "democráticos", como lo hemos vivido en nuestra historia reciente. Está claro que las historias oficiales siempre las escriben los vencedores. Sin embargo, aparentemente incluso el propio imaginario de los "rebeldes" y "subversivos" en el mundo (globalizado) capitalista se encuentra subordinado y colonizado por esas valoraciones.

Es innegable que en el caso del Ché, éste buscó afectar a los detentadores del poder, confrontando a los instrumentos mediante los cuales lo ejercen (en su caso el ejército boliviano) y teóricamente sin producir daños colaterales. Aunque de hecho siempre los hay. ¿Qué puede saber acerca de globalización, capitalismo, imperialismo, multinacionales, etc., un soldado conscripto, de origen campesino, semianalfabeto que está situado en la primera línea de combate con la cual se confronta toda experiencia guerrillera de tipo campesino, y que termina siendo casi siempre la primera víctima en la confrontación bélica? ¿Qué culpa tienen los pobres, campesinos, indígenas, pobladores vivientes en las zonas de conflicto, y que terminan siendo culpados de traición, o de complicidad y colaboración con el bando

⁸ Franz Fanon, psiquiatra nacido en Martinica de orígenes norafricanos y participante activo en las luchas de liberación de su época, escribió este libro, publicado después de su muerte en 1961.

contrario, y producto de ello ejecutados, asesinados? ¿Es legítimo que alguien, cualquiera sea su motivación, por muy noble e inspirada que fuere, genere ese tipo de situaciones? ¿No es esto profundamente inmoral? Visto así: ¿No nos resulta tan repudiable como lo que hacen los talibanes suicidas que atentaron contra las Torres Gemelas o la Estación de Atocha en Madrid? No creo en los empates morales, y por ningún motivo pretendo quitarle al Ché su aureola de mártir revolucionario. Sin embargo, me pregunto: ¿Por qué una comparación como la anterior nos resulta odiosa, incluso insoportablemente insolente? He ahí el problema al cual quiero apuntar.

Cuando, por otra parte, observo la enorme resonancia que en los medios de comunicación tuvo el reciente asesinato de 32 personas en la Universidad Politécnica de Virginia en la localidad de Blacksburg, no puedo dejar de pensar en la cantidad similar o mayor que muere cada día en Iraq. Hoy para no ir más lejos la prensa nos informaba que ayer murieron más de 200 personas inocentes en los atentados diariamente realizados. Incluso probablemente algún alto dignatario de los poderes que gobiernan el mundo, dirá al igual que Bush respecto a los muertos, "que estaban en el lugar incorrecto en el momento inapropiado". A lo más pasarán a ser las "externalidades negativas", las "bajas inevitables", o los "costos humanos" de las razones de Estado, de mercado, o del desarrollo de la necesaria acumulación de fuerzas. Me preocupa ver que ya ni siquiera perturban nuestra conciencia, nuestra tranquilidad, los ignoramos, no los vemos. Que decir del más de un millón de ruandeses asesinados hace algunos años atrás y mientras eso ocurría, *nadie hizo nada*. Occidente hizo la vista gorda. Naciones Unidas miró hacia otro lado. Incluso los responsables directos e indirectos siguen gozando hoy de muy buena salud, de riqueza, y de poder. ¿Sería porque eran africanos? (para no decir que eran negros). ¿Habría sido porque para muchos racistas (que los hay y abundantes aún en el mundo) los ruandeses, al igual que el resto de los africanos no blancos, son considerados prácticamente "subhumanos"? Sin embargo, posiblemente, muchos de los que piensan y sienten así están muy preocupados por la extinción de los elefantes o de los gorilas, o de las mariposas del género *Papilio*.

Esto me ha hecho tomar conciencia de lo importante que ha sido para mi propia historia personal aquel poema leído en mi infancia de Carlos Pezoa Véliz, titulado "Nada", que aquí transcribo:

"Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!

Un día de invierno lo encontramos muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban...

Entre sus papeles no encontraron nada...

los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.

Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!

Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro; se caló el sombrero
y emprendió la vuelta...
Tras la paletada, nada dijo nada, nadie dijo nada..."

Algo muy complejo nos pasa si no somos capaz de ni siquiera de ver a ese hermano nuestro, ese otro, que está allí sufriendo, dolido, torturado, moribundo. Sea este kurdo, tutsi, palestino, newyorquino, chocoano, birmano o carioica. Al parecer, a aquellos que estamos instalados en la parte soleada de la calle, en los segmentos (para no introducir el denostado vocablo clases) privilegiados, hay algo que nos perturba. Lo percibimos como una agresión, lo vemos como un atentado contra nuestras formas de vida, contra nuestras creencias y nuestros valores. Un ataque a mansalva contra todos los sacrosantos valores que sustentan y de los cuales nos provee nuestra vida burguesa: la certidumbre, la tranquilidad, la satisfacción y la autocomplacencia. Pero siempre y cuando ello le ocurra a aquellos que percibimos como iguales, aquellos que se nos parecen o con quienes queremos parecernos.

A mi entender toda conducta que asuma luchas en la cual se sustituye la soberanía popular, el protagonismo de la gente y la deliberación racional y democrática entre los involucrados, es repudiable. Ello porque al hacer así se impide que las personas asuman por sí mismas el manejo de sus propias vidas y sus procesos de liberación. Se condena así a vivir de prestado, a ser beneficiario de un logro que no es propio, a vivir una minoría de edad democrática permanente, y no es extraño, por lo tanto, que tantas luchas de liberación triunfantes culminen en atroces dictaduras.

Es posible, sin embargo, intentar entender aunque no compartir, la subjetividad de aquellos que asumen este tipo de opciones. Ya que cada día más, en muchos lugares del mundo, se vive y se experimenta aquello que denunció Fanon hace más de medio siglo atrás. La rabia, la impotencia, adquieren entonces sentido, cuando es posible entregándose a una causa, aliviar el profundo malestar, angustia y desazón que produce el pensar e incluso llegar a creer que no hay salida. Es porque se ha producido la clausura o cierre del efecto túnel que describió Albert Hirschman⁹: mientras las personas tienen la esperanza de ver alguna luz al final del túnel y de llegar a destino, la tolerancia respecto de las desigualdades e injusticias predominará sobre la impaciencia. Se concede con la esperanza de que, finalmente, se reducirán de nuevo las disparidades. Si esto no ocurre, habrá inevitablemente problemas y

⁹ Hirschman, Albert (1973). "The changing tolerance for income inequality in the course of economic development", en The Quarterly Journal of Economics, vol. 87, no. 4; pp. 544-566.

quizá desastres. Es decir, en el momento menos esperado, el proceso puede desembocar en desilusión, frustración, agresividad y depresión en el nivel personal-familiar y, más adelante, en movilizaciones sociopolíticas para llegar en una escala creciente a violencia generalizada a diversos niveles.

No obstante, la domesticación sistemática que experimentan las grandes mayorías del planeta, hoy, cada día son más, las personas que quieren transformarse en sujetos y en protagonistas de su propia existencia. Los derechos humanos se han instalado definitiva e irrevocablemente en el imaginario de la humanidad. Las luchas sociales y políticas actuales se articulan todas en torno al eje de la dignidad humana. Como lo señala Joaquín García Roca (2006:51):

"Cuando los jóvenes de las periferias de París gritaban: "A nuestros padres humillasteis y a nosotros nos cerrasteis las puertas", creaban la gran metáfora de la revuelta de los excluidos: la humillación. Quizá este aspecto de humillación sea decisivo para comprender la densidad del estallido social y la revuelta de los jóvenes airados. No sólo ha habido desprotección sino humillación. No sólo hay hambre de justicia, sino también de dignidad. Destruyen aquello que teóricamente les beneficia, como son las instituciones ligadas al empleo, a la asistencia social, a la enseñanza, porque son quizá las que mayormente los han humillado."

Pienso que requerimos transitar hacia el desarrollo creciente de más y más sensibilidad frente a los dobles estándares. Como lo dijo una amiga, que fue Ministra de Educación en Ecuador, que la calidad de la educación pública cambiará el día en que los parlamentarios, los jueces, los ministros y altos directivos de los gobiernos empeñados en esta tarea matriculen a sus hijos en las escuelas públicas. Lo mismo es aplicable a la salud, al transporte, en síntesis a todas las políticas públicas. Estas mejorarán el día en que los planificadores, los tomadores de decisión, los profesionales ejecutores de ellas, incluso los propios revolucionarios, esto es cuando todos los que estamos en el lado soleado de la calle, tengamos la disposición y nos desplazemos a ver, a vivir, a experimentar, lo que se siente estando del otro lado.

García Roca habla de la pérdida del futuro como algo que golpea principalmente a los pobres:

"Ahora bien, resulta preocupante ver cómo la disolución del futuro no afecta de la misma manera a los diferentes intereses en juego; cómo su costo recae sobre aquellos grupos que o lo esperan todo del futuro o ya no tienen presente. Si a los pobres se les debilita el futuro, se quedan sin lo único que les pertenece." (1990:7)

Por eso no deja de impresionarme, todavía, la insensibilidad e incapacidad que tenemos gran parte de las capas tecnocráticas y los sectores acomodados de la población de tomar conciencia que para un pobre, para un excluido, para un miserable, el mundo de las esperanzas y de los sueños que los habitan son recursos invaluable e imprescindibles para mantenerse vivos.

Y todo ello en un mundo, dónde como lo señala el mismo García Roca (2004:120-121):

"Una promesa de felicidad atraviesa en los últimos años los mercados, y de los mercados se ha difundido a través de los medios de comunicación, y de los "media" invade el imaginario social de Occidente. Las ilusiones son el motor de la economía y la ideología de la felicidad es el valor esencial de las mercancías que producimos, compramos, consumimos. La felicidad no es sólo un valor de uso que se accede a través de la mercancía sino que es la quintaesencia de la mercancía.

Es el valor esencial para aquellos que corren cada vez más veloz, obligados a dedicar sus energías a competir con los otros por un premio que no existe. Vencer es el imperativo categórico de cada jugador, de cada gesto, de cada pensamiento, de cada sentimiento. El mito se mantiene a pesar de que el vencedor no gana nada. (Elizalde, 2003)

La felicidad está sostenida actualmente sobre la ideología del conquistador, que se despliega en dominio sobre las cosas y en insensibilidad frente al sufrimiento. La ideología de la felicidad como conquista convierte el mundo en una sociedad de artefactos, de mercancías y de soledades anónimas. El secreto consiste en librarse del sufrimiento y pasar de largo. Recientemente en nuestras ciudades empezamos a saber que hay gente mayor que muere en la soledad sin percibir que la puerta de su casa dejó de abrirse. En el interior de la gigantesca maquinaria anónima, hay seres humanos que son simples engranajes que nadie recuerda.

Con el anonimato, la felicidad se sostiene sobre la ceguera, el no querer mirar. Hay millones de excluidos del mundo laboral, pero no conocemos a ningún parado; hay millones de excluidos de las condiciones de vida, pero no tienen nombre; hay muertos en la guerra pero sólo son efectos colaterales. Se consagra así la incapacidad de mirar cara a cara al excluido. Y con la ceguera, la felicidad valora los objetos antes que las personas."

La solidaridad como propuesta: la construcción de un mundo incluyente

Frente a esta idea de la felicidad como bienestar, como lo señala García Roca, necesitamos construir la espiritualidad de la austeridad solidaria. El sujeto humano se convierte en persona cuando recibe y da, cuando escucha y responde, cuando experimenta y toca (Moltmann, 1997).

Hemos tenido un planeta único en el universo, hemos tenido abundancia de aire, tierra y agua, tenemos aún las maravillosas formas de vida que nos acompañan. Tenemos una profunda necesidad a amar y ser amados y aún así: no hemos sido capaces de aprender a vernos, a reconocernos los unos en los otros. La escasez que nuestras insustentables estilos de vida comienzan a producir, puede darnos la oportunidad de transitar hacia (o de recuperar dirán talvez algunos) otra idea de felicidad, de recomenzar otra manera de vivir.

Pues como lo señala Ernesto Sábato (2000:120):

"No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes nada creen, pero también hay multitudes de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas. En la historia los cortes no son tajantes, y ya en las postrimerías del Imperio romano sus ciudadanos frecuentaban a sus vecinos bárbaros, y es seguro que tendrían amores con ellos; así ya están entre nosotros los habitantes de otra manera de vivir. Hoy como entonces, hay multitudes de personas que no pertenecen a esta civilización pos-moderna, muchas están trágicamente excluidas y otras muchas parecen aún formar parte de las

instituciones sociales, pero su alma está preñada de otros valores."

Adela Cortina (2002:304) a su vez, señala que es necesaria una ética del consumo anclada en tres escalones básicos:

"la igualdad de consumo, entendida como la creación de estilos de vida incluyentes y universalizables; la moderación de consumo compulsivo, y el diseño de un pacto global sobre el consumo que haga posible promover la capacidad de las personas de consumir de forma autónoma, defender sus intereses mediante el diálogo y desarrollar sus proyectos de vida feliz."

Ideas estas que son compartidas por aquellos que plantearon la propuesta del Otro Desarrollo en el año 1975 y que vuelven con renovado entusiasmo y convicciones a presentarla nuevamente en el proyecto *What Next*¹⁰:

..."nuestros estilos de vida materialistas no contribuyen ni a la salud ni a la felicidad. En un concreto, sentido mensurable, podríamos estar mejor si reorganizáramos nuestras prioridades lejos del "crecimiento" y la expansión material. Es algo preocupante que los reparos a este efecto son aún a menudo vistos como marginales, y calificados en el debate con epítetos tales como irrealista, utópico o mirando al pasado. Ya que el sentido común y la evidencia científica en los hechos apuntan en la dirección opuesta, nosotros no vacilamos en nada para terminar como partimos. *Suficiente es suficiente!* (2006:147)

Gilbert Rist, participante en el mismo proyecto señala que la pregunta esencial de hacerse es: ¿Qué es aquello que creímos que era necesario y qué se ha demostrado imposible?

"Alternativas radicales al actual sistema fueron formuladas hace más de 30 años. Ellos son aún válidas, aunque ellas nunca han sido tomadas seriamente en cuenta, o han sido hoy largamente olvidadas. Algunas veces, las viejas ideas recuperan preminencia, pero ellas son tan difíciles de implementart como lo fueron previamente. Nuevamente, mi debate es que nosotros deberíamos estar menos preocupados con el "¿Ahora, qué?" que con la pregunta aún más fundamental, que es: ¿Por qué somos incapaces de traducir alternativas de sentido común en la realidad? (2006:66)

A esta pregunta de Rist hemos tratado desde hace muchos años de darle respuesta, en diversos trabajos¹¹, quizás en forma estéril, no obstante creo que cada día hay más pistas que nos señalan hacia donde buscar y encaminarse, como lo demuestran los diversos artículos contenidos en este libro.

¹⁰ Göran Bäckstrand y Lars Ingelstam. "Enough! Global challenges and responsible lifestyles" en *What Next. Setting the context. Volume I. Development Dialogue, N°47, June 2006*, Dag Hammarskjöld Foundation, Uppsala.

¹¹ Ver de Jorge Osorio y Luis Weinstein (eds.) *La fuerza del arcoiris. Movimientos Sociales, Derechos Humanos y Nuevos Paradigmas Culturales*, CEAAL, Santiago, 1988; Jorge Osorio y Luis Weinstein (eds.) *El corazón del arcoiris. Lecturas sobre Nuevos Paradigmas en Educación y Desarrollo*, CEAAL, Santiago, 1993; Jorge Osorio y Antonio Elizalde (eds.) *Ampliando el arcoiris. Nuevos paradigmas en educación, política y desarrollo*, Universidad Bolivariana, Santiago, 2005; Antonio Elizalde (comp.) *Las nuevas utopías de la diversidad. Lo deseable vuelve a ser posible*. Universidad Bolivariana, Santiago, 2003.

María Novo en su libro recientemente publicado *El desarrollo sostenible. Su dimensión ambiental y educativa*, señala como ejes de propuesta imprescindibles para organizar el viaje hacia la sostenibilidad a la **imaginación**, a la **equidad** y a la **resiliencia**, todos ellos "fundamentales para el alumbramiento de nuevas ideas, de fórmulas distintas, de los caminos en suma hacia otro mundo posible".

Propongo entonces asumir como horizonte de sentido la propuesta que nos hace García Roca (2004:121-122) de la búsqueda de una felicidad solidaria, al preguntarse:

"¿Dónde nos sentimos felices? ¿En un supermercado, o en el interior de un grupo humano donde los otros me aceptan por aquello que soy? Frente a los objetos, nos sirve el poder, frente a las personas sólo son apropiadas las relaciones solidarias. De esos espacios nacerá la esperanza para los excluidos, la libertad para los marginalizados y la dignidad para todos.

La felicidad como poder conduce a la ideología del tener, la felicidad como comunión | conduce a la sociedad del ser. La felicidad solidaria es hija de una cultura cálida, que confía en la inteligencia emocional, que valora el sentimiento y la implicación de las entrañas. La felicidad es un dique contra el olvido y contra la abstracción, contra la ceguera personal y la colectiva, para hermanarse con la solidaridad.

Por **solidaridad** entendemos un modo de ser y de comprendernos como seres humanos, consistente en ser los unos para los otros para llegar a estar los unos con los otros, abiertos a dar y recibir unos a otros y unos de otros. Solidaridad es el dinamismo de dar y recibir, que permite sobrevivir al género humano. Lo más original de la solidaridad es que se trata de un movimiento de ida y vuelta. Como decía Helder Camara, "no hay nadie tan pobre que no sea capaz de dar algo, ni tan rico que no sea capaz de recibir algo".

La felicidad solidaria nunca es un ejercicio de ida, por mucho que podamos y debamos dar. Podemos dar la palabra, incluso podemos darnos; pero sobre todo, la libertad solidaria empieza cuando somos capaces de **recibir**. Podemos recibir humanización, valores humanos, personales y sociales. Podemos despertar, abrir los ojos. Nos ofrece verdad y poderosa luz, ya que ilumina también nuestra verdadera realidad como seres humanos. Nos ofrece y podemos recibir **perdón**. (Sobrino, J., 2002) "

Sin embargo, a mi entender lo fundamental, tiene que ver con algo que es a la vez formal y sustantivo, y que nos lo recuerda Ernesto Sábato (2000:74) : "¡Cuántas lágrimas hay detrás de las máscaras! ¡Cuánto más podría el hombre llegar al encuentro con el otro hombre si nos acercáramos los unos a los otros como necesitados que somos, en lugar de figurarnos fuertes! Si dejáramos de mostrarnos autosuficientes y nos atreviéramos a reconocer la gran necesidad del otro que tenemos para seguir viviendo, como muertos de sed que somos en verdad, ¡cuánto mal podría ser evitado!"

Referencias bibliográficas

Göran Bäckstrand y Lars Ingelstam (2006), "Enough! Global challenges and responsible lifestyles" en *What Next. Setting the context. Volume I. Development Dialogue*, N° 47, june 2006, Dag Hammarskjöld Foundation, Uppsala.

Adela Cortina (2003), *Por una ética del consumo*, Taurus, Madrid.

Neil Douglas Klotz (2007), *Oraciones del Cosmos*, Editorial Universidad Bolivariana, Santiago.

Antonio Elizalde (comp.) (2003), *Las nuevas utopías de la diversidad. Lo deseable vuelve a ser posible*. Universidad Bolivariana, Santiago.

Franz Fanon (1963), *Los condenados de la tierra*, FCE, México D.F.

Joaquín García Roca (1990), *El Dios de la Fraternidad*, Sal Terrae, Santander.

Joaquín García Roca (2004), "Llevarse las raíces consigo. Ecosistema humano y espiritualidad" en *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, Volumen 3 N° 8, Santiago.

Joaquín García Roca (2006), *El mito de la seguridad*, PPC, Madrid.

Bart Kosko (1995), *Pensamiento Borroso. La Nueva Ciencia de la Lógica Borrosa*, Editorial Grijalbo Mondadori, Barcelona.

María Novo (2006), *El desarrollo sostenible. Su dimensión ambiental y educativa*, Pearson Educación S.A., Madrid.

Jorge Osorio y Luis Weinstein (eds.) (1988), *La fuerza del arcoiris. Movimientos Sociales, Derechos Humanos y Nuevos Paradigmas Culturales*, CEAAL, Santiago.

Jorge Osorio y Luis Weinstein (eds.) (1993), *El corazón del arcoiris. Lecturas sobre Nuevos Paradigmas en Educación y Desarrollo*, CEAAL, Santiago.

Jorge Osorio y Antonio Elizalde (eds.) (2005), *Ampliando el arcoiris. Nuevos paradigmas en Educación, Política y Desarrollo*, Universidad Bolivariana, Santiago.

Rubén Prieto (1990) "Prólogo" en *Utopía y Pasión. La Política de lo Cotidiano* de Roberto Freire y Fausto Brito, Editorial Nordan, Montevideo.

Gilbert Rist (2006), "Before Thinking about What Next. Prerequisites for alternatives" en *What Next. Setting the context. Volume I. Development Dialogue*, N° 47, june 2006, Dag Hammarskjöld Foundation, Uppsala.

Ernesto Sábato (2000), *La resistencia*, Seix Barral, Barcelona.

Publicado en *El azul del arcoiris*, Antonio Elizalde, Jorge Osorio y Luis Weinstein (eds.), Editorial Universidad Bolivariana, Santiago, 2007.